









los metales preciosos americanos impulsarán las relaciones mercantiles y permitirán más tarde la acumulación de capitales que dará lugar a nuevas formas de producción. La exterminación masiva de las poblaciones indígenas y el desarrollo de la agricultura en América (en especial, el cultivo de la caña de azúcar, cuyas raíces llevó Colón desde las Canarias ya en su segundo viaje) conducirán al establecimiento de una gran triangulación mercantil, entre Europa, América y África, en la cual se incorpora al continente africano como fuente de mano de obra esclava. A la piratería y al despojo de los pueblos americanos por parte de España, se suman así la piratería y el tráfico de esclavos por parte de la flota de la corona inglesa.

Para el idioma castellano, el salto en América significó la expansión territorial en un área de más de diez mil kilómetros de longitud y la difusión de la lengua entre millones de personas. Ni las islas, ni las altas montañas impidieron esta difusión del idioma castellano y no constituirán tampoco, posteriormente, factores determinantes de regionalización. El castellano mantiene su identidad y su unidad a pesar de los vastos territorios en que se difunde y por encima de las características que adquiere en cada región, debidas fundamentalmente a la influencia de las lenguas y culturas autóctonas.

Muchos vocablos derivados de lenguas indígenas americanas se incorporan en la lengua castellana y, a través de ella, llegan a otros idiomas. Se trata, en general, de vocablos que designan "objetos" nuevos, desconocidos para los pueblos europeos, y pertenecientes al medio ambiente natural americano (animales, plantas, frutas, etc.). Se amplía esta restringida área de significados y aumenta muchísimo el número de vocablos incorporados por el castellano, si se consideran los términos de uso regional cuyas zonas de distribución están estrechamente vinculadas con los ámbitos de difusión de las culturas indígenas.

Para comprender mejor algunas de esas áreas de influencia de las distintas culturas americanas, un breve glosario étnico-lingüístico antecede el grupo de vocablos españoles originarios de cada región.











trascendental por la defensa del hombre y la libertad de éste para que pueda desarrollar sus valores. Una concepción que se estrella contra la mentalidad del colonizador ante la cual, el indio americano sometido, podrá reaccionar sólo con la rebelión o con la extrema desesperación del suicidio.

Según Darcy Ribeiro, en su obra «Las Américas y la civilización»: “aztecas, incas y mayas sumaban entre setenta y noventa millones de personas cuando los conquistadores extranjeros aparecieron en el horizonte; un siglo y medio después se habían reducido, en total, a sólo tres millones y medio”. Muchos indígenas de la isla Dominicana se anticipaban al destino impuesto por sus opresores: mataban a sus hijos y se suicidaban en masa. Un cronista oficial de la época, a mediados del siglo XVI, explica así ese holocausto: “Muchos de ellos, por pasatiempo, se mataron con ponzoña para no trabajar, y otros se ahorcaron con sus propias manos”. Es más cínico el comentario del ensayista contemporáneo René Dumon: “Los indios no fueron totalmente exterminados. Sus genes subsisten en los cromosomas cubanos. Ellos sentían una tal aversión por la tensión que exige el trabajo continuo, que algunos se suicidaron antes que aceptar el trabajo forzado...”. Es un comentario que refleja la pseudo-explicación socio-económica, también contemporánea, con la cual se sostiene que el subdesarrollo latinoamericano es la consecuencia de la falta de iniciativa y de espíritu de trabajo de las poblaciones latinoamericanas (el indio sentado, masticando coca, es la imagen gráfica con la que se difunde tal interpretación). ¿Por qué se ha callado durante siglos, y se calla todavía, este genocidio?

No interesa principalmente que el quechua u otras lenguas indígenas americanas se transformen en lenguas oficiales, aunque esto significase sólo reconocer los millones de personas que las hablan, importa que los pueblos que se expresan con esas lenguas ocupen el lugar que les corresponde en las sociedades americanas. Los pueblos americanos han reivindicado sus culturas autóctonas identificando tal reivindicación con la lucha por la construcción de una comunidad latinoamericana auténticamente humana. Siglos de opresión han conducido a esta respuesta que se repite como leitmotiv. En las grandes metrópolis como Buenos Aires y México capital, y no sólo en ellas, todavía hoy





